

La Calle                      viernes 2 de septiembre 2011

Diario de un espectador

Fusilamiento del padre Pro.

Miguel Ángel Granados Chapa

Concluimos hoy nuestra lectura de una porción de la novela-reportaje de Ignacio Solares titulada El jefe máximo. Nos centramos en los días anteriores en el diálogo que entre sueño sostenía el general Plutarco Elías Calles con el padre Miguel Agustín Pro Juárez. Solares parte de la culpa atribuida a Calles respecto de muertes que él ordenó personalmente, como la del general Francisco Serrano y, probablemente el propio general Obregón, que sobrevivió a un atentado en el que se acusó al padre Pro de participar, sin que nada tuviera que ver:

Así, el 23 de noviembre de 1927 fue fusilado el padre Pro junto con los demás involucrados en el atentado a Obregón, en un patíbulo improvisado en los jardines de la inspección de policía en pleno centro de la ciudad.

Las notas periodísticas, sin remedio, se centraron en él. Las fotografías son elocuentes. En la primera aparece saliendo de los sótanos en el momento que descubre a los soldados que van a dar muerte. Viste un traje oscuro y es de físico menudo, delgado, frugal, gastado por la mala alimentación y la vida tan agitada que ha llevado a últimas fechas. Parece más sorprendido que asustado y hay una interrogación dibujada en sus ojos. En otra foto, el mayor Torres, a cargo del fusilamiento, se acerca a él. Apoya la espada desenvainada en el piso de tierra apisonada. Luego declaró a la prensa que en realidad se acercó al padre Pro para pedirle perdón por lo que iba a hacer.

-¿Qué le contestó el padre Pro?- preguntó el periodista.

-Que no sólo me perdonaba sino que me daba las gracias por el sacrificio que le iba yo a permitir ofrecer a Dios y a los hombres- contestó con ojos llorosos.

El padre se coloca en el lugar que se le designa, de frente al pelotón de fusilamiento.

El mayor Torres se vuelve a acercar a él y le pregunta si desea algo más.

-Que me permitan rezar un momento.

Se inca, se santigua lentamente, cruza los brazos sobre el pecho, murmura un padre nuestro, y luego besa con devoción el crucifijo que lleva en la mano derecha y se pone de pie.

-Estoy listo- declara con voz pausada.

En sus labios se adivina una sonrisa interior, muy dulce.

El mayor Torres levanta la espada y ordena de un modo atropellado, con una voz tipluda que se le quedaba en la garganta:

-¡Apunten! ¡Fuego!.

-El padre Pro alcanza a gritar:

-¡Viva Cristo Rey!

-Recibe la descarga con los brazos abiertos en forma de cruz.

Uno de los soldados se acerca a él y, a través del humo que habían formado los disparos saca su pistola de la funda y sin inclinarse le dispara en la cabeza el tiro de gracia.

Son las diez y media de la mañana”.

Medio siglo después de esa ejecución, la Compañía de Jesús hizo rendir homenaje a la víctima de este atropello callista. Bautizó con su nombre a su centro de derechos humanos. La razón es obvia: el padre Pro padeció la violación a su derecho fundamental, el de la vida, cuando fue realmente asesinado sin que se le sometiera a juicio. Ello significó también el quebranto de su derecho a la legalidad, al debido proceso. Se dirá que si Calles lo hubiera mandado ante los tribunales el resultado habría sido el mismo, pero el jefe máximo no quiso correr siquiera esa formalidad.

El centro jesuita Miguel Agustín Pro Juárez para los derechos humanos ha hecho una benemérita labor proporcionando asistencia jurídica y acompañamiento humano a toda suerte de víctimas de la arbitrariedad gubernamental. Por eso está vigente este libro.